

EL CORREO DE LA MODA.

ALBUM DE SEÑORITAS.

Periódico de Literatura, Educacion, Labores, Teatros y Modas.

Los Artículos contenidos en este número son propiedad.

SUMARIO. Educacion é instruccion: Sistemas de enseñanza, por don A. Pirala.—La Juventud [poesía], por don Manuel del Palacio.—La Hermana menor [conclusion], por don E. Hernandez.—La Desposada del Marino [conclusion], por doña Francisca Carlota del Riego y Pica.—Labores, por doña Joaquina G. Balmaseda.—Teatros, por don Antonio Arnao.—Modas, por doña Aurora Perez Miron.—LAMINA: Grabado de Labores.

EDUCACION É INSTRUCCION.

SISTEMAS DE ENSEÑANZA.



OS sistemas de educacion hace tiempo que se están disputando la primacía, y los dos cuentan con hábiles contendientes. Defienden unos la educacion conventual; los otros la de las escuelas ó la de la casa propia.

Sin obstar nosotros por ninguno de ambos extremos, pues como dice el proverbio, siempre son viciosos, creemos hay un término medio, porque en él se ha dicho está la virtud.

Los conventos, sin que por esto se nos crea contrarios á ellos, no pueden desprenderse de ciertas tradiciones que observan como dogmas; y si para muchas jóvenes son convenientes y hasta necesarias, no pueden serlo por regla general, máxime cuando han de vivir en el mundo, y estar en contacto con lo que aprenden á temer, como no se teme en la sociedad.

En la educacion é instruccion, como en todo, hay ciertos progresos y tales innovaciones impuestas y admitidas por la sociedad, que se suelen desconocer en los conventos, y la joven que de ellos salga, no puede menos de resentirse de defectos, que no afectan á su instruccion y educacion, pero que se echarán de ver, y no se considerarán aquellas tan completas como haya costumbre de completarlas.

No consideramos como conventual la educacion que se da en ciertos conventos, no de monjas reclusas, que tienen directores, y estos se hallan al corriente de los adelantos que prescribe la buena sociedad ó la civilizacion.

Pero la educacion, propiamente dicha, se aprende en la casa, cuando hay madre que la enseñe. Ésta no podrá quizá instruir completamente á sus hijas, pero las educará. Lo necesario es que la madre comprenda su deber y sepa desempeñarle. Las lecciones de una madre son las que mas se aprenden, y nadie como ella puede aplicarlas oportunamente. Además, es hasta perjudicial sacar las niñas de casa, en tierna edad, atendiendo de esta manera á sus adelantos intelectuales á costa de su desarrollo físico; y teniendo que estar al lado de la madre esos años de la niñez, debe empezar á aprender en ellos lo que aprenderse puede, debe empezarse á guiar aquella tierna planta, tan susceptible entonces de buena direccion.

Apréndese primero la plegaria, y estos acentos con que nos dirigimos á Dios, este bálsamo de nuestras aflicciones, nadie mas que la madre debe enseñarla. Y si estas palabras tan sencillas como sublimes las siente el corazon antes de comprenderlas la inteligencia, si ellas nos ponen en relaciones con el Creador, ¿qué lábios mas autorizados que los de una madre para enseñarlas?

Y no solo estas primeras nociones de la educacion, sino las de la enseñanza, deben recibirse de la madre, que puede imponer como entretenimiento ciertos trabajos que, sin cansar el espíritu, entretengan la pueril impaciencia de una hija.

Así van adquiriendo las facultades ese grado de desarrollo natural que dispone la inteligencia á mayor enseñanza, y la prepara sin esfuerzo, sin violen-

cia, sin disgusto, antes por el contrario, de una manera agradable y amorosa.

La memoria, esa grande facultad de la infancia, soporta con facilidad el ligero peso que la da una madre; adquiere cierto aplomo la atención; se resiste la tentación de las distracciones, aunque sea un cuarto de hora; se atemperan la imaginación y la sensibilidad por una dosis más ó menos fuerte de juicio, y aunque ellas conserven una superioridad incontestable sobre esta última facultad, aun bien tímida, reciben de su contacto un carácter más posado y seguro. Los errores de los sentidos nos hacen menos crédulos, y un poco de reflexión corrige las impresiones inexactas.

Por mucho que ciegue la pasión maternal, cuando no se carece de ilustración, no dejan de conocerse los defectos de los hijos, y cuando aquellos existen, nadie puede corregirlos tan bien como una madre.

Comun y colectiva la educación de los colegios, no puede atender tan particularmente á las faltas individuales como atiende la madre. En contacto continuo ésta con sus hijos, los conoce y los corrige, ó al menos prepara su corrección, que se consigue después en las escuelas ó colegios.

Estos son los que completan la obra empezada por la madre, los que perfeccionan y arraigan la educación á la vez que instruyen, y adornan así el espíritu preparado á recibir la enseñanza con que se ha de brillar primero en el hogar doméstico y después en la sociedad.

Cada época tiene sus tendencias, y la actual exige de la mujer algo más de lo que se exigía hace medio siglo. Y hay lógica y buen sentido en esta mayor exigencia, porque ha crecido la importancia de la mujer, y cuanto más represente más debe exigirse de ella. Esto es lo que no debe olvidar para su bien y el nuestro.

A. PIRALA.

LITERATURA.

LA JUVENTUD.

Por rocas y llanuras he gritado
¿Dónde estás, juventud?
Huyó como la nube que vagaba
Por el espacio azul.

Perderse yo la ví, como la piedra
Que un niño lanza al mar.
Pero la piedra volverá á la orilla
Y ella no volverá....

MANUEL DEL PALACIO.

LA HERMANA MENOR.

[Conclusion.]

Exasperada por este exceso de nobleza y herida en su orgullo de mujer, olvidóse hasta de sí misma Enriqueta y le contestó:

—Ah! ¿por qué vos no me amais creéis que ninguno puede amarme?... ¿Olvidais que tengo veinte y cinco años y que soy hermosa? Antes de que me casara con vos me amaba; hasta hoy lo he ignorado, pero os juro que es cierto. Sí, le he visto á mis piés, y como es jóven y digno de ser amado, y como os suponía en brazos de la Fragonneta, creedme que he estado á punto de sucumbir, de dar la razón al mundo....

Esta confesión, cuya misma audacia era un testimonio de inocencia, arrancó á Jorge un grito de despecho y de rabia tan íntimo, tan profundo, que Enriqueta, olvidándolo todo, se dijo:

—Todavía me ama!

Pero desvaneciése este pensamiento como un rayo que brilla y muere en un punto. Estas palabras de su marido la devolvieron al mundo de la realidad.

—Le mataré!

—Admirablemente imaginado! Es el medio de que no haya quien dude que ha sido mi amante.

—Pero se sabrá que me he vengado. La deshonra se lava con sangre.

—Cuando la hay.

—Basta, señora: ahora os toca á vos callar... Solo quiero oír á la cólera que me ahoga.

Un criado, apareciendo de improviso en la sala, anunció á Mauricio.

—Qué entre! contestó Jorge.

VII.

En el momento en que Mauricio apareció en el dintel de la puerta, Enriqueta se colocó entre él y su marido, y dirigiéndose á éste:

—Os prohibo que le provoquéis! dijo con acento imperante y digno. Os prohibo que os batáis con él, porque este duelo comprometería mi honra para siempre. En la posición en que me habeis colocado, yo solo tengo derecho á levantar la voz y á mandar aquí.

—Luego, volviéndose hácia Mauricio:

—Señor Delaunay, añadió, todo se lo he dicho á mi marido.

Mauricio, repuesto de la sorpresa que era consiguiente, contestó con calma y dignidad:

—Habeis hecho lo que debíais... y os agradezco en el alma que de una vez para siempre hayais aclarado noble y francamente nuestra respectiva posición. Su-

plico al señor de Favieres que me escuche sin enco-
lerizarse. Si he olvidado lo que le debía y me debía á
mí mismo, creo haber encontrado un medio de casti-
garme, y al mismo tiempo de poner á salvo vuestro
honor.

Atónitos ambos, y dominados por este lenguaje
grave y sincero, ni Enriqueta ni Jorge desplegaron
sus lábios, para animar á Mauricio á que continuára.

—Hé aquí ese medio, hé aquí lo que os propongo.
Nuestra casa tiene pendientes en la Australia nego-
cios de alguna importancia, de tanta, que requieren
que yo los ventile personalmente: partiré dentro de
una hora. El señor de Favieres se encargará de liqui-
dar, puesto que es ya imposible la idea que nos ha
reunido, confundiendo nuestros capitales. Yo vol-
veré dentro de algunos años... cuando se hayan des-
vanecido los rumores que circulan y todo se haya ol-
vidado.

—Olvidado! exclamó enérgicamente Enriqueta.
Las faltas que no se cometen no se borran con el ol-
vido; yo necesito un testimonio irrecusable. Vues-
tra partida sería considerada como una fuga. Que-
dáos para defenderme.

—Olvidais que estoy aquí?... dijo al cabo Jorge.
Ese derecho me pertenece.

—Teneis razon, costestó Enriqueta, y luego, des-
hecha en lágrimas, desesperada, añadió:

—Pero salvadme... idead un medio...

—Un medio! repitió Jorge estremeciéndose an-
te la idea del ridículo. Cuál! cuál!

—Si bastára la sangre de mis venas!... balbuceó
Mauricio.

Este sublime rasgo de arrepentimiento fué un
nuevo ultraje para Jorge, que dando rienda suelta á
su enojo:

—Vuestra sangre! exclamó. Eso es lo que yo pe-
dia hace un momento, y bien mirado es el único re-
curso aceptable.

—Sea, contestó Mauricio señalando á la puerta, é
igualmente ciego de cólera.

—Vamos.

Dos nuevos personajes aparecieron en este mo-
mento en la sala como por encanto.

La canonesa y Jenny.

Ésta tomó la palabra.

—El único recurso es este.

Luego, bajando los ojos:

—Mauricio, añadió, ¿quereis que dentro de quin-
ce dias me llame la señora de Delaunay?

Enriqueta y Jorge quisieron interrumpirla al mis-
mo tiempo.

—Dejalda acabar, dijo la canonesa deteniéndoles.

Jenny prosiguió en medio del mas profundo si-
lencio.

—Jorge no podrá odiar á Mauricio siendo su cu-
ñado, y el mundo se convencerá de que no amaba á

mi hermana cuando se ha unido á mí. De esta mane-
ra podemos ser felices los cuatro.... porque.... por-
que yo amo á Mauricio.

Mientras la canonesa impetraba el consentimiento
de Jorge y su sobrina, Jenny dijo á Mauricio en voz
baja:

—Dicen que me parezco á mi hermana en el so-
nido de la voz, en la mirada, en la sonrisa, en el ca-
rácter y en el alma. Yo no perdonaré sacrificio algu-
no para haceros dichoso.... En cuanto nos casemos
partiremos para la Australia, y dentro de uno ó dos
años regresaremos á Francia, y entonces podreis ver
sin temor á Enriqueta, porque habrá reconquistado
el corazon de su marido y yo conquistado el vuestro.

Y avergonzada, confusa, creyendo que habia di-
cho demasiado, fué á refugiarse en brazos de Enri-
queta, que la estrechó contra su pecho.

—¿Merecia, la dijo al oido, que me ocultáras tus
pesares? ¿Merecia que desconfiáras de mis diez y
siete años?

Durante este tiempo Jorge se habia acercado á
Mauricio, y le condujo de la mano al lado de su pro-
metida.

Mauricio, vencido por tanta inocencia, asiendo
las de Jenny, exclamó:

—Jenny, sois un ángel!!

Dos años despues acudia el vecindario del Havre
en tumulto á presenciar la llegada de un navío pro-
cedente de Sydney.

Entre la muchedumbre, anhelante y compacta,
distingúanse á Jorge y Enriqueta.

Ancló al cabo el navío en el muelle.

En la cubierta, Jenny apoyada en Mauricio, y se-
ñalando á una niña que llevaba una mulata en los
brazos, parecia decir:

—Hé cumplido mi palabra!

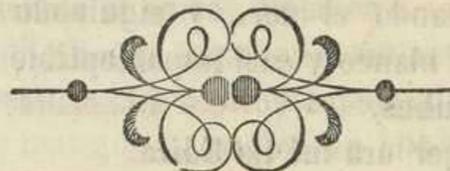
Jorge, como si la hubiera comprendido, levantó
en sus brazos y mostró á Jenny un robusto infante,
hermoso y risueño como su prima.

—Yo tambien soy padre! parecia decirle. Yo tam-
bien soy buen marido!

La casa Delaunay, de Favieres y compañía pros-
pera rápidamente y nadie recuerda lo pasado.

(Traducida del francés.)

ENRIQUE HERNANDEZ.



LA DESPOSADA DEL MARINO.

[CONCLUSION.]

El tiempo trascurría en tanto, y el capitán Roger, que así se llamaba el extranjero, ansiando siempre su partida, jamás se resolvía á efectuarla, y las murmuraciones crecían, y el jóven forastero parecía cada día mas abatido, y cual si una gran pasión y á la vez un pesar agudo oprimieran su alma.

—Está loco, decían los marineros cuando les preguntaban por la estraña conducta del capitán, y no se acuerda que él como nosotros no somos mas que unos pobres criados, sujetos á la voluntad del que nos paga; sabe Dios lo que pensará de nosotros el armador.

—Y por qué no le recuerdan Vds. su deber? les decían; quizá el pobre jóven necesita que le saquen de ese vértigo que embarga sus sentidos.

—Ya lo hacemos, pero se queda tan pensativo y da unos suspiros que nos parten el alma, así que esperamos que al fin tome la resolución que mejor le cuadre, porque despues de todo, no hay en el mundo hombre mas honrado ni que mejor sepa cumplir con sus obligaciones.

Por fin llegó el día de la partida: la curiosidad unida al deseo que todos manifestaban de estrechar la mano del jóven capitán en señal de aprecio, llevó á casi todos los moradores del pueblo á la playa; muchos fueron á bordo á despedirle, y los que no pudieron lograrlo esperaron sobre la húmeda arena, ó se encaramaron en las rocas para saludarle con sus pañuelos ó agitar al aire su sombrero para despedirle.

Cuando ya no se percibía el buque mas que como una pequeña gaviota que corta atrevida con sus ligeras alas la cinta azul del horizonte, todos volvieron á sus casas murmurando alabanzas de aquel jóven marino que habia sabido granjearse todas las simpatías, y hasta los mozos, que ya no sentían celos del forastero, le tributaban mil elogios, dando lugar con su franca confesion á que las mozas se atrevieran, á pesar de su timidez, á manifestar el agrado con que le miraban, ponderando una su estatura, otra la profusion y la belleza de sus ensortijados cabellos, ésta la espresion de sus azules ojos, cual otra la esbeltez y gallardía de su figura, la melodía de su varonil acento y la bondad de su carácter.

Solo una mujer permaneció inmóvil sobre una peña contemplando el mar, y siguiendo con la vista aquel punto blanco y casi imperceptible que se perdía en las nubes.

Esta mujer era mi tía Edita.

—¿Luego era ella la novia del marino? exclamé interrumpiendo el relato de la jóven.

—Sí señora, repuso Amanda; aquel simpático extranjero habia sentido por mi tía una pasión tan viva y tan ardiente, que no hay ejemplo de otra mayor, y habia tenido la dicha de inspirar un sentimiento igual al suyo en el alma de mi tía.

—Pero sería su capricho pasajero; las pasiones suelen ser mas breves ó menos durables cuanto es mayor la vehemencia con que nacen en nuestra alma, y quizá no volvería y pagaría con un cruel desengaño el amor de la pobre jóven.

—Todo lo contrario, dijo Amanda; antes de tres meses volvió el extranjero, y con asombro de todo el pueblo obtuvo de mi abuelo el consentimiento para unirse á Edita.

Roger traía permiso de su armador para tocar en nuestro puerto y efectuar su enlace; hiciéronse, pues, los preparativos para la boda, que debia celebrarse en breve, y los jóvenes prometidos fueron desde aquel día el objeto de todas las conversaciones y de todas las envidias; pero pronto cesaron las murmuraciones, y todos parecían complacidos al ver la espresion de felicidad que se retrataba en sus semblantes, y la indulgente benevolencia con que los novios acogían las felicitaciones que mas ó menos lealmente los tributaban todos los vecinos, por mas que éstos no perdieran la ocasion de lamentarse porque el novio no fuera del país.

Mi abuelito habia puesto por única condicion que mi tía permanecería á su lado los dos primeros años de su matrimonio, despues de cuyo tiempo serían dueños los nuevos esposos de establecerse donde quisieran, juzgando con su prevision de padre que este tiempo era mas que suficiente para cerciorarse de la honradez de Roger y no abrigar dudas acerca del trato que pudiera dar á Edita.

Ya se habian efectuado todas las diligencias y llegado por fin el día en que se unieran para siempre los dos jóvenes enamorados. Roger debia embarcarse algunos días despues, para regresar muy pronto y no separarse en mucho tiempo de mi tía.

La víspera del día en que debia celebrarse la ceremonia nupcial, y segun es costumbre entre nosotros, mis abuelos y los dos jóvenes, vestidos como en los días de fiesta, fueron á participar á los parientes mas próximos el fausto acontecimiento y á convidarles para la boda.

Ya era de noche cuando regresaron de cumplir con esta costumbre, y Roger, que habia marchado toda la tarde conversando con mi tía con la satisfacción del que ve realizados todos sus sueños de ventura, pidió á mis abuelos permiso para retirarse á bordo, donde dijo que tenia varias órdenes que dar, pues al día siguiente no podia ocuparse de esto.

Se despidió, pues, de ellos con respeto, estrechó con cariño la mano de mi tía, y prometió ir por la mañana apenas rayase el alba, para esperar al la-

do suyo la hora anhelada de recibir la bendición.

No bien habían llegado á casa mis abuelos y mi tía, cuando entró en ella una anciana á quien todo el pueblo, por una preocupacion tenian por de mal agüero, suponiendo que cuando entraba en alguna anunciaba una desgracia inevitable, y la designaban con el nombre de bruja y hechicera.

Mi tía era jóven, estaba en vísperas de contraer un compromiso, si bien grato á su corazón, harto grave para que no la tuviera preocupada y reflexiva, y al ver á la hechicera no pudo contener una exclamacion de terror, que en vano quiso contener.

La anciana dicen que la miró de un modo extraño y siniestro, despues murmuró algunas frases ininteligibles que hicieron estremecerse á todos de pavor, y se sentó tranquilamente á un lado del hogar.

El resto de la noche pasó sin otro incidente, pero Edita no pudo conciliar el sueño en toda ella, y si algun momento el cansancio cerraba sus párpados, pronto un sacudimiento extraño agitaba sus miembros, y murmuraba frases ininteligibles como las de la vieja hechicera, á pesar de serla desconocido aquel lenguaje, y no saber Edita lo que significaban sus palabras.

Fatigada, desfallecida por el insomnio y el delirio, se levantó antes que el dia comenzara á esclarecer, y procuró alejar de su mente las extrañas visiones que la fascinaban.

A pesar de no ser de dia, lo primero que hizo fué abrir la ventana y mirar con sus ojos de amante, es decir, con los del alma, si aparecia Roger, creyendo adivinarle y percibir el ruido de sus pasos en cada suspiro de la brisa y en cada oscilacion de las tranquilas olas, que lamian apacibles y serenas la menuda arena de la playa.

La aurora rayó al fin, y su primer destello trajo el contento y la paz al corazón de mi impaciente tía. Roger, mas bello y mas galan que nunca, manifestando en su semblante la dicha que embargaba su alma, se encaminaba con ligero paso á nuestra casa. Edita, avergonzada de su temor y de su impaciencia, quiso retirarse de la ventana antes de ser descubierta, pero ya era tarde: la amante mirada de Roger la habia adivinado en aquella sombra vaga que se dibujaba al pálido fulgor de la mañana, y agitando al aire su sombrero de paja, vió ondular graciosamente las elegantes cintas que le adornaban saludándola gozoso.

Edita no fué dueña de dominar su deseo de esperarle, puesto que estaba descubierta; Roger, que al verla habia acelerado el paso, no tardó en llegar debajo de la ventana en que Edita le esperaba, y despues de cambiar con ella algunas frases de ardiente amor, esperó que los padres de su prometida se levantáran para penetrar en la casa, mientras que Edita, á instancias suyas, se retiró para engalanarse y

estar dispuesta á la primera vibracion de la campana que debia llamarlos al templo para ser unidos ante Dios.

Media hora despues estaba nuestra casa completamente cercada de cariñosos amigos y convidados, que no esperaban mas que la aparicion de los novios para emprender en pós de ellos el camino de la iglesia.

Por fin se presentó la amante pareja: el grupo de impacientes y de curiosos prorumpió en exclamaciones de júbilo y de alabanza, poniéndose en marcha alegremente.

No hay un solo habitante de nuestra aldea de los que presenciaron el matrimonio, que no afirme que jamás se ha visto pareja mas igual y mas gallarda, por mas que las mujeres envidiosas vaticináran que el delicado matiz que coloraba las mejillas de Edita anunciaba un principio de enfermedad, y que el cabello ensortijado y el azul oscuro de las amantes é inteligentes pupilas de Roger, indicaban un carácter violento y una voluntad firme y resuelta.

Ya estaban ambos jóvenes arrodillados ante el ara, é iban por fin á recibir la bendición, cuando Roger sintió temblar la mano de Edita que se apoyaba en la suya, y con la ansiedad del que teme perder el bien que está próximo á lograr, miró á su amada.

Edita estaba pálida y turbada, pero en sus amantes ojos habia tal pasion, que Roger quedó tranquilo, atribuyendo á rubor la turbacion de su amada, que como queriendo responder á los temores de su amante, miró con extraña espresion á un lado del templo.

Roger, por un sentimiento instintivo, volvió la vista hácia aquel lado, y vió á la vieja hechicera que se apoyaba en una de las columnas de la nave.

En aquel momento el sacerdote terminaba la ceremonia, y Roger, ébrio de dicha, estrechó con ardor la mano de Edita, y murmuró con delirio:

—Mia, ante Dios y los hombres.

—La hechicera, exclamó Edita como hablando consigo misma, y sin oír las palabras de Roger, pero adivinándolas, re puso:

—Tuya por toda la vida, y salieron del templo acompañados del bullicioso cortejo.

Toda la tripulacion que Roger mandaba, por una complacencia de éste, asistia á la boda de su capitán; el dia estaba tan bello que no era preciso tomar precaucion alguna; concluida la comida, y mientras se disponian para bailar, Roger, pretestando un olvido, dijo á Edita que tenia que ir al buque y que volvía al momento; mi tía le preguntó si no podia reemplazarle cualquiera de los marineros.

—No, dijo Roger mirando amorosamente á su jóven desposada: se trata de una cosa que me pertenece, y nadie mas que yo puede ir á bordo, porque no quiero confiar á nadie las llaves de mi cómoda; pero Roger mentia: su esperta mirada habia distinguido

una nube blanca y cenicienta en el horizonte, y temeroso de una catástrofe, pero sin querer turbar la fiesta con su funesto anuncio, quería ir al buque, y en compañía del chico que había quedado guardándole, ver si podía evitar cualquier percance que pudiera ocurrir.

—Vuelve pronto, dijo Edita, sin sospechar, y teniendo su mano á Roger, que imprimiendo en ella sus amantes lábios, se alejó con presteza.

Aquella debía ser su eterna despedida, dijo Amanda lanzando un suspiro.

—Se fugó acaso? pregunté, sin atreverme á creer en un presentimiento que me oprimía el corazón.

—No señora. De repente se levantó un fuerte viento, que desamarrando el buque en que estaba Roger con un solo marinero, le estrelló contra las rocas y pereció á la vista de todos, y sin que nadie pudiera prestarle auxilio.

—Qué horror!! exclamé, no me estraña que la pobre haya perdido la razón.

A la mañana siguiente el mar arrojó sobre la playa el cadáver de Roger, ataviado con su traje de novio; mi tía, que no se había apartado de ella en toda la noche, lanzó un gemido penetrante al reconocerle, y cayó sin sentido sobre el cadáver de su esposo.

Cuando la separaron de él estaba loca, y no ha vuelto á recobrar la razón.

—Pobre Edita!

Pero su locura, como Vd. ve, es pacífica, continuó Amanda; todo su delirio consiste en esperar á Roger, y en querer engalanarse para parecerle bella.

Unas veces le aguarda pronunciando amorosas frases, y otras se lamenta de su tardanza, achacando á sortilegios de la hechicera su apatía para volver á su lado; pero jamás se la ocurre hablar de su muerte, dijo la jóven terminando su relato.

Desde aquel día creció nuestro interés hácia la pobre Edita, y nos supimos granjear tan bien sus simpatías, que en sus lucidos intervalos nos refirió mas de una vez muchas de las particularidades de su triste historia, invitándonos para la boda, que debía, segun decia, verificarse en breve, cuando nos vió abandonar el país.

Pobre Edita, solo en el cielo debe encontrar á su prometido.

FRANCISCA CARLOTA DEL RIEGO Y PICA.

LABORES.

La que hoy representa nuestro grabado es á la vez rica y de gusto, pudiendo destinarse á diferentes usos y ejecutarse de diversas maneras. Para las señoras aficionadas á labores de punto, ese modelo será un di-

bujo de *crochet*; para las que prefieran la rapidez de la *malla* será una labor de este género bordándole encima el floreado; y para aquellas cuyo carácter pacífico y paciencia á toda prueba prefieran los bordados de mérito y escrupulosidad, será un bordado en *cañamazo*. Su aplicación puede ser en los dos primeros casos para *cortinaje*, *antimacasar*, *cubierta* de algun objeto, y en cualquiera de ellos, y en el tercero especialmente, un distinguido *almohadon*. Vamos á esplicar sucesivamente la ejecución de estas labores en una.

Para hacerla de *crochet* se principia por una cadeneta del ancho que se necesite la labor, y sobre ella se hace otra vuelta de tres puntos sencillos, una barra, tres sencillos, una barra, hasta terminar la cadeneta: se hace lo mismo la otra vuelta, colocando las barras unas sobre otras, y esto dará un dibujo de cuadritos, que es el fondo. Entonces ya no hay mas que seguir el dibujo como en una labor de *cañamazo*, haciendo en el cuadro relleno tres barras, y en el calado nada mas que la que marca la división de los dos huecos. La cenefa se hace despues, siguiendo el mismo orden, y ya se comprende que esta labor puede hacerse del tamaño que se desée.

Ejecutándola de *malla*, necesita apenas explicación; no hay mas que ejecutar de punto de malla el fondo, y despues bordar al *trapo ó zurcido* el dibujo, copiando los cuadritos por cuenta como en la tapicería.

Pasemos ahora al último caso, es decir, al de bordar este dibujo en *cañamazo*, haciendo de él un lindo almohadon. Para conseguirlo, debe hacerse todo el dibujo de mostacilla gruesa blanca, y no tiene mas combinación que poner la mostacilla blanca trasparente para las rosas, y blanca mate para los troncos y contornos. Tambien pueden ponerse estos de mostacilla de oro ó acero. El fondo debería ser verde.

Para completar el almohadon, despues de armarle se le pone alrededor un rizado de cinta verde y blanca, y una borla de ambos colores en cada punta. Hemos dicho que en los otros casos podia ser tambien almohadon, y para ello no habria mas que hacer el calado de *malla ó crochet* de seda negra, en lugar de algodón blanco, y ponerle despues un viso de raso carmesí ó azul. El efecto de esta labor seria distinguidísimo.

Hé aquí terminada la explicación de una obra, que por su mucha utilidad y por hacerse de tres modos diferentes, conquistará la voluntad de toda señora laboriosa, que la reproducirá del modo que esté mas en armonía con su gusto. Los días, por otra parte, libres ya de la niebla que los entristecia, y mas bellos á medida que van siendo mas largos, predisponen el espíritu á un trabajo recreativo, que es el que nosotros tratamos siempre de ofrecer á nuestras lectoras.

JOAQUINA GARCIA BALMASEDA.

TEATROS.

La función notable de la última semana, entre las verificadas en los coliseos de la corte, ha sido la dedicada en el PRINCIPE á conmemorar y festejar el aniversario del natalicio de D. Pedro Calderon de la Barca. Deseosa la empresa de rendir al arte y á las glorias españolas un justo tributo de admiración y entusiasmo, ha hecho laudables esfuerzos por honrar la memoria del inmortal poeta, así como también el público por su parte ha concurrido ansioso, sobre todo en la primera representación, á la solemnidad teatral dispuesta con tan noble objeto. La observancia y culto artístico de ciertas efemérides gloriosas, de la índole de la que mentamos, es á nuestro entender una costumbre culta y delicada que merece alabanza sincera.

Comenzó la función por un auto dramático-alegórico, titulado: *¿Cuál es mayor perfección?* Con decir que está compuesto á imitación de los autos sacramentales del mismo Calderon, y que tiene por objeto publicar y encomiar la excelencia de la genuina comedia española sobre las demás manifestaciones de las creaciones teatrales, tanto nacionales como extranjeras, puede venirse en conocimiento de la naturaleza de esta composición. En ella figuran diversas personificaciones abstractas como son la comedia de capa y espada, la heroica, la de pasión, entre las españolas: aparecen también la tragedia, y la comedia en otras varias facetas, á saber: clásica, extranjera francesa, romántica y sentimental. Acompañanles la Crítica, el Ingenio, el Público, el Clacisismo, el Romanticismo, el Extranjerismo, el Mal gusto, y descuella entre todos, el Arte.—Ya se puede conocer las enormes dificultades que tenía el autor que superar para dibujar y desarrollar en lo posible tan distintos caracteres, haciéndoles salir de la esfera metafísica para revestirlos de fórmulas prácticas. No ha conseguido por completo tan elevado propósito el autor de *¿Cuál es mayor perfección?* pero ha recorrido mucho camino del que sin duda se propuso recorrer. Para esto no bastaba un ingenio vulgar que nada hubiera realizado: solamente uno perspicaz y elevado como el del señor D. Patricio de la Escosura, ha podido salir con honor de tan difícil empeño.

Quisiéramos poder transcribir algunos pasajes de este auto como muestra de su versificación, pero no nos es posible. Sólo citaremos uno en que la COMEDIA ESPAÑOLA traza su propio retrato al INGENIO, á quien rinde después de embelesarle. Dice así:

Libre, honesta, amante, altiva,
hoy simple, mañana astuta,
siempre noble en mis acciones
si en artificios fecunda,
así el pellico me visto
como me envuelvo en la púrpura.

Al amor le enseño trazas,
dicto al honor reglas justas.
Cual el del águila audaz
mi ráudo vuelo se encumbra
si la ocasión lo requiere,
del éter al áura pura;
y sin bajeza desciendo
al raudal que humilde cursa
del hondo valle los giros
entre el tomillo y la murta.
Dama egrégia en los alcázares,
en las chozas beldad ruda,
discreta en el galanteo,
decorosa en la ternura,
la misma me hallarás siempre
si cuidadosa me estudias,
aunque menos que yo diestro,
Proteo se transfigura.
Vivir puedo en cuantas zonas
el Astro monarca alumbra;
todo estilo cabe en mí,
ninguna hazaña me asusta.
Solo un veneno hay mortífero
que mi aliento y ser anula:
del *Mal Gusto* la ponzoña,
si la aspiro, me sepulta.
Tal vez levanto el estilo
hasta tornarme en oscura;
tal me lleva mi artificio
á pecar en lo confusa;
no siempre la sutil trama
que mis fábulas anudan
á desenlazar atiando
con la clásica tersura;
pero lunares son esos
que si mi beldad anublan,
al fulgor se desvanecen
de gloria, que me circunda.
Me elevo como Melpómene,
sin como ella, ser adusta;
me burlo como Talía,
mas sé llorar entre burlas;
de la pasión siento el fuego;
su esclava, no lo soy nunca;
tierna, sé también gemir,
pero en mi llanto hay mesura.
Romántica en ocasiones,
soy siempre española y Musa:
sé al heroico clarín
darle aliento y voz segura;
solo extranjeras usanzas
mi pátrio instinto rehusa.

El auto del señor Escosura ha sido puesto en escena con esmero, pero no con gran fortuna por lo que hace á su representación. La índole peculiar de los

personajes que en él intervienen, era superior á las condiciones de muchos de los actores ejecutantes.— La música compuesta *ad hoc* por el señor Fernandez Caballero es regular y nada mas, como suele suceder respecto de la que se escribe en ocasiones semejantes.

Hízose despues de *¿Cuál es mayor perfeccion?* la bella comedia, del inmortal ingenio cuyo nombre se festejaba, titulada *Mañanas de Abril y Mayo*. En la refundicion de esta preciosa obra, hecha tambien por el señor Escosura, no aparecen motivos de elogio en cuanto á lo feliz del resultado, aunque sí los hay por lo que hace al buen deseo con que parece haber sido ejecutada. Al acomodar este rico cuadro del siglo XVII á las condiciones y exigencias de la actual escena, ha perdido animacion y verosimilitud, y en algunos pasajes ricos trozos de poesía. Los que en reemplazo de lo suprimido ha escrito el señor Escosura, parecen bien imitados al estilo del original.

En la ejecucion de *Mañanas de Abril y Mayo*, que nada de notable tuvo en lo general, se distinguió la señora Lamadrid.

Y con esto damos fin por hoy, pues á ello nos obliga la falta de espacio.

ANTONIO ARNAO.

MODAS.

El movimiento que la entrada del invierno imprime todos los años á la industria y al comercio, se ha retrasado un poco en el presente, porque tambien por diferentes causas se ha retrasado la apertura de los salones á la alta sociedad matritense.

Ya han dado la señal, entre otros, los de Medina-celi, los de la Embajada de Francia, y entre las reuniones artísticas el Liceo de Piquer, que promete estar tan brillante este año como estuvo en los anteriores.

En uno de los primeros brillaba por su buen gusto y riqueza un vestido de seda, color de rosa, brochado de ramos de oro. El cuerpo, muy escotado, se componia por delante de una pieza de raso blanco, y los costadillos y la espalda eran correspondientes al vestido: un cordon de ramaje verde y oro partia del hombro y bajaba en V sobre la orilla de una berta, compuesta de dos encajes blancos: un ramo de las mismas hojas adornaba el pecho. La manga corta, de la misma tela brochada, formaba un bullon, debajo de la berta: un volante de tul blanco con dos encajes de oro completaba la manga.

La falda estaba recogida por delante y por los lados con cordones de ramaje, formando pabellones, y

por detrás un poco de cola, aunque sin cubrir la falda inferior: la túnica iba guarnecida de un volante de encaje de oro.

Debajo de esta rica falda se veía otra de tafetan de Florencia blanco, cubierta de tul blanco que caía en bullonados todo alrededor del bajo hasta la altura de 80 centímetros. Un volante de encaje, puesto en una cinta de terciopelo labrado, color de rosa, iba colocado en ondas sobre el bullonado: otro bullonado de tul caía sobre el volante siguiendo sus ondulaciones. En cada uno de los huecos que dejaban las ondas del volante sobre el bullonado de tul, se veía un lazo de terciopelo color de rosa.

El *prendido* se componia de un cordon de ramaje verde y oro. De cada uno de los lados, hácia abajo y cerca del tapa-moño caían dos plumas blancas. Dos caídas de blonda de oro, cubriendo el lazo del pelo, flotaban sobre la desnuda espalda.

Este riquísimo traje, destinado á reuniones de alta sociedad, tanto que podría servir para córte, es sin embargo susceptible de mucha simplificacion, con solo variar los ingredientes que lo componen, conservando su elegante hechura.

Pero como no todas las señoras piensan en bailes, debemos ocuparnos un poco en trajes de calle.

En este género es muy distinguido un vestido de grós verde, con adornos de terciopelo de un tono mas oscuro y de agremanes de pasamanería. El cuerpo es alto, el talle redondo y con cinturon de terciopelo: una tira de este, cortada en almendras, unidas unas á otras y guarnecidas sus orillas de agreman, adorna el escote y baja por los dos lados de la costura del pecho: la de la manga y su bajo llevan el mismo adorno. Tres órdenes del mismo, mayores en tamaño, se ponen en el bajo de la falda, unidas entre sí por agremanes que se cruzan.

El sombrero correspondiente á este traje es de terciopelo. El ala es verde, fruncida en el bandó y cortada á lo largo por cuatro órdenes de rizados de blonda blanca: otro igual rodea la copa, que es de terciopelo negro. El bavolet es verde, orillado de blonda. Sobre la forma hay una pluma negra, y á cada lado otra blanca. Debajo del ala se ve un lazo de terciopelo verde con dos plumas negras, echadas una á cada lado. Las bridas son de cinta de seda verde.

AUGORA PEREZ MIRON.



Por lo no firmado: El Director
Y EDITOR PROPIETARIO. — P. J. de la Peña.